

Índice

Agradecimientos	11
Cantar la enfermedad: el corpus elegíaco de Juan Ignacio Molina en torno a la viruela	13
Juan Ignacio Molina: breve nota biográfica	16
Los dos testimonios de la viruela	18
Elegías entre dos géneros	24
Un joven inspirado por las musas del Lacio: Molina compositor de versos latinos	31
El tema: la viruela	39
<i>Chilensis Molina</i>	47
Edición, traducción y notas	51
Bibliografía	55
De peste variolarum / Acerca de la peste de viruelas	63
De peste variolis vulgo dicta / Acerca de la comúnmente llamada peste de viruelas	121
Índice de concordancias	191

Cantar la enfermedad: el corpus elegíaco de Juan Ignacio Molina en torno a la viruela

A todos, al nacer, nos entregan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de aquel otro lugar.

Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas*

Dalla mia prima gioventù mi dedicai ad osservarne le ricchezze naturali, e a istruirmi degli avvenimenti accaduti prima per curiosità, poi col disegno di pubblicarli a comun beneficio de' miei compatriotti.

Juan Ignacio Molina, *Saggio sulla storia naturale del Chili*

Entre los textos neolatinos albergados en el Archivo Nacional Histórico de Chile¹ se encuentra un documento que en su primer folio contiene una particular nota al margen acerca de su origen:

* El presente trabajo se realizó con el apoyo de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, en el marco del programa FONDECYT Iniciación. Proyecto n. 11170237, “*De peste variolarum* (1761), del jesuita Juan Ignacio Molina: estudio, edición con traducción y notas”.

¹ Durante las últimas décadas los textos neolatinos se han fortalecido como objetos dignos de atención en un contexto dominado por las obras clásicas, dando lugar a una corriente de estudios, ediciones y traducciones cada vez más amplia. A partir del notable trabajo de IJsewijn (1990) y las publicaciones de *Humanistica Lovaniensia*, han surgido nuevas iniciativas para la difusión de los textos entre las que se encuentra la *I Tatti Renaissance Library*, y cuidados manuales de extenso alcance, como por ejemplo *Brill's Encyclopaedia of the Neo-Latin World* (2014), *The Oxford Handbook of Neo-Latin* (2015) y *A Guide to Neo-Latin Literature* (2017). La América colonial comienza a ocupar su lugar en esta

Scripsi hunc libellum variolis aeger in lecto, et antequam emendarem, amicus eripuit.

Escribí este librito enfermo de viruelas en cama y, antes de que lo corrigiera, un amigo me lo arrebató.²

La obra en cuestión lleva el título *De peste variolarum*, “Acerca de la peste de viruelas”, y forma parte de la producción poética en lengua latina de Juan Ignacio Molina (Villa Alegre, 1740-Bolonia, 1829). En ella, el jesuita chileno da cuenta, como él mismo señala en la nota, de su experiencia como enfermo de viruelas: en un conjunto de doce elegías distribuidas en dos libros, transforma en dísticos los síntomas y el tratamiento del contagio vivido durante su juventud. El tema no lo abandona, sin embargo, y contamos con una segunda redacción, posterior, realizada posiblemente durante su exilio en Bolonia.

El fragmento de Susan Sontag citado más arriba —que cobró especial relevancia durante los años de pandemia— es casi obligatorio para referirse a este corpus elegíaco. No podemos asegurar que el jesuita chileno haya buscado voluntariamente ser parte del reino de los enfermos,³ pero sí podemos decir que al menos quiso identificarse con este y dejar un testimonio mediante sus versos. A pesar de la dificultad que implica el ejercicio de plasmar en palabras la propia enfermedad —o de la resistencia que el dolor opone al lenguaje, como agudamente señala Scarry—,⁴ Molina lo consigue con holgura. Construye una imagen convincente, que se sostiene en el carácter visible de la viruela y que saca provecho de su dimensión emotiva, especialmente en lo que respecta al sufrimiento, mediante el género que mejor se presta para ello: la elegía. Por otra parte, su capacidad de observación lo lleva a incorporar aspectos más objetivos relacionados con el tratamiento médico y los agentes involucrados; si bien no se trata de identificar en estas elegías a un científico en términos modernos, podemos decir que en ellas se encuentra el germen del futuro naturalista. En estas y en las restantes obras neolatinas de Molina se percibe, en fin, aquella “mez-

tradición: así, junto con apartados específicos en los manuales recién señalados (Laird 2014; 2015) y trabajos dedicados a obras puntuales, es posible destacar diversos panoramas locales: Briesemeister (2002) y Osorio Romero *et al.* (1991) para Nueva España, Eichmann para Charcas (2003), Fraschini, Suárez y Sánchez para la Plata (2009), Hampe (1999) y Helmer (2003) para Perú, y Hanisch (1987) y Brañes (2007) para Chile son algunos de ellos. El ámbito de la edición y traducción de textos todavía se encuentra, en cambio, en una fase inicial, e innumerables obras y documentos esperan salir de los archivos y ver nueva luz.

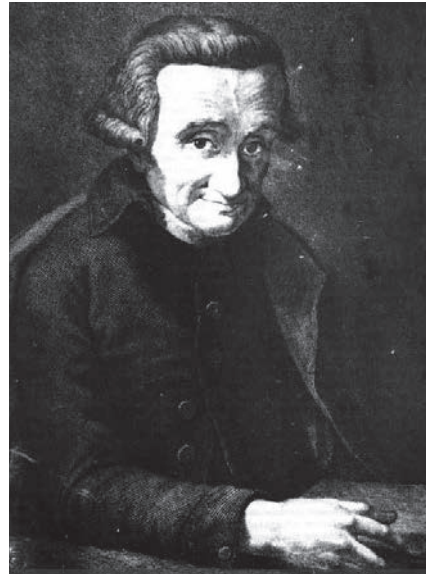
² Las traducciones del latín contenidas en esta introducción son, a menos que se indique lo contrario, de mi autoría.

³ Claudio Ferrari —discípulo de Molina— señala en sus apuntes que el jesuita se contagió voluntariamente la viruela visitando a los enfermos en el hospital, movido por la idea de que como persona joven sería atacado de manera menos violenta por la enfermedad (citado por Jaramillo, 1976, pp. 42-43; Costa-Casaretto, 1979, p. 1055).

⁴ “Whatever pain achieves, it achieves in part through its unsharability, and it ensures this unsharability through its resistance to language. [...] Physical pain does not simply resist language but actively destroys it, bringing about an immediate reversion to a state anterior to language, to the sounds and cries a human being makes before language is learned” (1985, p. 4).

cla”, a la que alude Orrego, de “la variable personal o biográfica con el gozo que le genera una conducta científica moderna, como la observación y la descripción, pero bajo una dimensión tanto estética como ética” (2020, p. 140).

El trabajo que aquí entregamos, correspondiente a la edición y traducción de *De peste variolarum* y *De peste variolis vulgo dicta*, busca facilitar el acceso a una parte notable del corpus poético de Juan Ignacio Molina, ejemplo de la escritura de textos neolatinos en el Chile colonial y, en particular, de su desarrollo al interior de la Compañía de Jesús. Ambos conjuntos de elegías nos ayudan a confeccionar la imagen de un autor todavía influenciado por la tradición barroca y a la vez motivado por la observación científica, y, en el paso de una redacción a otra, nos muestran distintas circunstancias vitales: mientras que la primera está marcada por una fuerte presencia del contexto escolar, la segunda, aunque incompleta, refleja un cambio no solo a nivel de creación poética, sino también en lo que respecta a sus destinatarios. Finalmente, estas elegías permiten configurar –si bien de manera no tan detallada como se ha llegado a señalar– un cuadro sanitario del Chile del siglo XVIII (Jaramillo, 1976, p. 34).⁵



[Fig. 1]

Juan Ignacio Molina, 1805, retrato de Giambattista Trulli. Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile.

⁵ La biografía y la obra de Juan Ignacio Molina han sido abordadas por distintos autores, con un énfasis en el período posterior a la expulsión de 1767 y su producción como naturalista en Italia. Las primeras aproximaciones al Abate son de un carácter biográfico que muchas veces roza lo anecdótico (Vicuña Mackenna, 1870; Medina, 1878; Barros Arana, 1886; Prieto, 1915; Opazo, 1927, entre otros). Estas dan paso a trabajos que, con distintos grados de precisión, ahondan en su actividad como científico e ideas (Espinoza, 1946; Briones, 1968; Jaramillo, 1965 y 1968; Jiménez, 1974; Hanisch, 1972, 1974, 1976, 1976b, 1979, y 1999). En lo que respecta a las últimas décadas, encontramos investigaciones que atienden a la obra de Molina en el marco del saber ilustrado, en general con una perspectiva académica más profunda (González, 1993; Salinas, 1998; Saldivia, 2004) y enfocadas, algunas de ellas, en aspectos puntuales: rasgos de la escritura de su prosa científica (Hachim, 2008; Figueroa, 2008; Nordenflycht, 2009 y 2010), el lugar de su pensamiento en la historia más amplia de las ideas (Rojas Mix, 2001; Orrego, 2011), su aporte a determinadas áreas de la ciencia (Stuardo, 2007; Charrier y Hervé, 2011; Orrego, 2015) o su conciencia patriótica y pensamiento racial (Chiaromonti, 2010; Lepe-Carrión, 2015).

Juan Ignacio Molina: breve nota biográfica

Juan Ignacio Molina nace en 1740 en la hacienda Huaraculén (Villa Alegre), en las cercanías de la ciudad de Talca, en la zona central de Chile. Es hijo del maestre de campo Agustín de Molina y de Francisca González.⁶

Sus estudios iniciales —en opinión de Jiménez, no solo las primeras letras, sino también al menos los cursos de la gramática (1974, p. 31)— los realiza en la escuela anexa a la residencia jesuita de Talca, adonde se traslada con su madre después de la muerte de su padre, y luego, en Concepción, entre 1749 y 1754. A los quince años, el 12 de noviembre de 1755, ingresa al noviciado de la Compañía de Jesús en Santiago, y cumple con su formación espiritual y religiosa en el Convictorio de San Francisco de Borja. Después de los dos años del noviciado se muda al Seminario de San Sebastián de Bucalemu, al sur de la capital, donde prosigue con sus estudios de humanidades clásicas y retórica, entre 1758 y 1760. Señala Jiménez (1974, pp. 69-71) que esta debe haber sido una época de un trabajo fecundo en cuanto a sus notas personales de historia natural y que en 1758 habría recibido la tonsura clerical y las órdenes menores de manos del obispo Manuel Alday.

Posteriormente regresa a Santiago para estudiar filosofía escolástica en el Colegio Máximo de San Miguel, donde también aprende italiano y francés. Después de esto habría ejercido, en 1764 y 1765, la docencia de la gramática en el colegio de Talca (Jiménez, 1974, p. 82), y en 1766 inicia sus estudios de teología.

La orden de expulsión de Carlos III lo alcanza durante el segundo año de teología y habiendo hecho los primeros votos. Desembarca en Cádiz, proveniente del Callao, en 1768. Llega a la ciudad de Ímola a comienzos de 1769: ahí concluye sus estudios teológicos y es ordenado sacerdote en 1773. En 1774 se establece en Bolonia, donde se desempeña como maestro particular de gramática latina, retórica y poética (Hanisch, 1972, p. 240), y dedica tiempo a sus investigaciones naturalistas. Estos son los años de sus grandes publicaciones en torno a Chile: *Compendio della Storia Geografica, Naturale e Civile del Regno del Chile* (1776), *Saggio sulla storia naturale del Chili* (1782), *Saggio sulla storia civile del Chili* (1787) y la segunda edición de su *Storia naturale* (1810). Participa en diversos círculos académicos, como la Accademia delle Scienze, a la que se incorpora en 1802; desde ahí toma parte en algunas de las discusiones científicas que marcan su época.⁷

⁶ Para la nota biográfica nos hemos basado principalmente en los trabajos de Hanisch (1972; 1976), Jiménez (1974) y Ronan (2002).

⁷ En general, las posturas respecto de la figura del Abate y el lugar que ocupa en las redes de su tiempo son de carácter apologético (p. ej., Espinoza, Hanisch, Jaramillo) y no siempre con suficiente sustento científico. Una revisión de este asunto se encuentra en Orrego, 2011, quien analiza su lugar en el contexto histórico desde una perspectiva más objetiva, tomando en consideración su formación intelectual en Chile y el dinamismo en las relaciones entre el centro y la periferia a nivel científico, político, social y económico, así como también su lugar en las controversias eruditas de los jesuitas americanos con los críticos del Nuevo Mundo.

Durante sus últimos años de vida, Molina es testigo de la restauración de la Compañía de Jesús y víctima de acusaciones de heterodoxia que no llegan a comprobarse. Muere en Bolonia el 12 de septiembre de 1829, sin alcanzar a cumplir su deseo de regresar a América. Sus restos, sin embargo, son trasladados desde Italia a Chile en 1966, y a su lugar definitivo, la iglesia de Villa Alegre, en febrero de 1969.



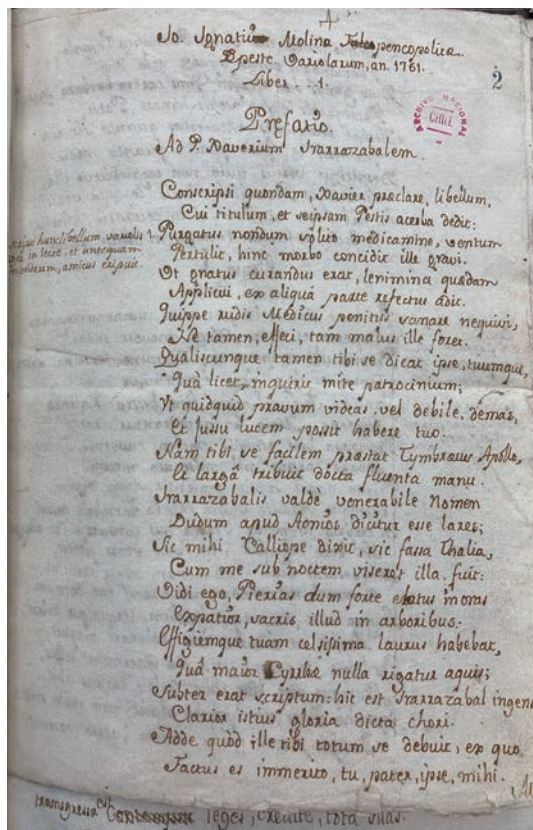
[Fig. 2]
Interior iglesia de Villa Alegre.

Los dos testimonios de la viruela

Como se ha señalado, tanto el manuscrito de *De peste variolarum* como el de *De peste variolis vulgo dicta* se encuentran albergados en el Archivo Nacional Histórico de Chile, en la ciudad de Santiago.

De peste variolarum se conserva en el Fondo Varios, vol. 158, folios 2r a 11v.⁸ Lleva la fecha de 1761 como parte del título: *Io. Ignatii Molinae Talcopencopolitae | De peste variolarum, an. 1761*. Aparte de la fecha indicada, un conjunto de comentarios de carácter personal alusivos a los estudios da fuerza al argumento de que el momento de composición de esta redacción sería el período escolar de Molina.

Corresponde a un documento de dimensiones pequeñas, compuesto por hojas de papel dispuestas en un cuadernillo de 21,5 cm de alto y 15 cm de ancho, en encuadernación de empaste reciente en cuyo exterior se lee: “Abate J. Ig. Molina”, y que contiene otros documentos;⁹ la numeración de los folios, en cifras arábigas, es también reciente, impresa, y abarca todos los documentos del volumen. Posee una cuidada disposición, probablemente por tratarse de una copia en limpio, con pocas enmiendas: en su mayoría son obra de la misma tinta y misma mano que la del texto principal, aunque también se encuentran algunas elaboradas por una



[Fig. 3]
De peste variolarum, fol. 2r.

⁸ El volumen contiene en su primera página una dedicatoria de Matías Pizarro a Luis Montt, con fecha 30 de octubre de 1883.

⁹ Entre estos se encuentra el opúsculo autobiográfico *Ad Michaellem Olivarium*, en lo que queda de un cuadernillo de dimensiones todavía más pequeñas, y otros documentos y fragmentos, algunos de ellos en italiano y francés.

tinta más oscura, que podría ser la de *De peste variolis vulgo dicta*. En términos materiales conviene destacar, asimismo, la cercanía entre el ductus de este manuscrito y el de *De Conceptionis urbis ruina*, obra que se ubica en una etapa aún más temprana de la biografía de Molina; la tinta de ambos documentos igualmente coincide.¹⁰

El texto está dividido en dos libros de seis elegías cada uno, con numeración romana y títulos que aluden al contenido de cada poema. El primer libro es abierto por una “Praefatio” al padre Javier Irrázabal, y luego siguen las elegías “Indicia pestis” (“Indicios de la peste”), “Medicus visitat et Eucharistia datur” (“Visita del médico y es dada la Eucaristía”), “Phlebotomia” (“Flebotomía”), “Clysteria” (“Enemas”), “Timores” (“Temores”) y “Vigiliae” (“Vigilias”). El segundo libro está compuesto por los poemas “Febris” (“Fiebre”), “Sitis” (“Sed”), “Deliria” (“Delirios”), “Tubera” (“Tumores”), “Fames” (“Hambre”) y “Sanitas” (“Salud”). En lo que respecta a la extensión de los poemas, esta varía entre los 32 y los 64 versos, a excepción de “Sitis”, considerablemente más extensa, compuesta por 114 versos.

Elegía	Número de versos
“Praefatio”	36
“Indicia pestis”	32
“Medicus visitat et Eucharistia datur”	34
“Phlebotomia”	32
“Clysteria”	36
“Timores”	40
“Vigiliae”	44
“Febris”	58
“Sitis”	114
“Deliria”	52
“Tubera”	64
“Fames”	48
“Sanitas”	32

¹⁰ *De Conceptionis urbis ruina* corresponde a un conjunto de elegías en torno al terremoto de 1751 en la ciudad de Concepción cuyo manuscrito se encuentra en el archivo de la Compañía de Jesús en Santiago de Chile. A partir de un análisis de los acontecimientos descritos en el texto y de otros factores, Jiménez fecha esta composición en 1754 (1974, pp. 55-57).

De peste variolis vulgo dicta se conserva, por su parte, en el Fondo Varios, vol. 995, folios 64r a 78r. En el último folio se indica la fecha *prid. Kal. Jun.* (31 de mayo), 1760. Esta fecha, antes que la elaboración del manuscrito, tendría relación con el momento de composición de la obra. La diferencia de año con la que se encuentra en *De peste variolarum*, 1761, podría deberse a una rectificación por parte del autor, o bien, como señala Jiménez, a un error: a partir del poema autobiográfico concluye que Molina habría pasado a Santiago recién en 1761, lo que, en su opinión, sería un argumento para defender la fecha de 1761. Asimismo, creemos con Jiménez que el manuscrito habría sido preparado por Molina cuando ya se encontraba en Italia (1974, p. 46).¹¹ Como veremos, el texto posee características que, en comparación con *De peste variolarum*, nos llevan a situarlo en un contexto europeo. Jaramillo, por su parte, plantea que la segunda redacción habría sido terminada por Molina durante el período de detención previo al embarque en Callao (1976, p. 58),¹² propuesta que podría sustentarse en el registro de Ferrari, quien indica que la obra de Molina se habría publicado en Lima.¹³

Corresponde a un documento de dimensiones pequeñas, compuesto por hojas de papel dispuestas en un cuadernillo de 24,2 cm de alto y 17 cm de ancho en encuadernación de empaste reciente (año 2011) en cuyo exterior se lee “Fondo Varios vol. 995”, y que contiene otros documentos “de nuestro sabio compatriota el Sr. Abate Don Juan Ignacio Molina, comprados a don Matías Pizarro por decreto supremo del 10 de agosto de 1882”; la numeración de los folios, en cifras arábigas, es también reciente, impresa, y abarca todos los documentos del volumen. Estos aparecen especificados en un índice manuscrito del siglo XIX que ocupa las primeras páginas del volumen.

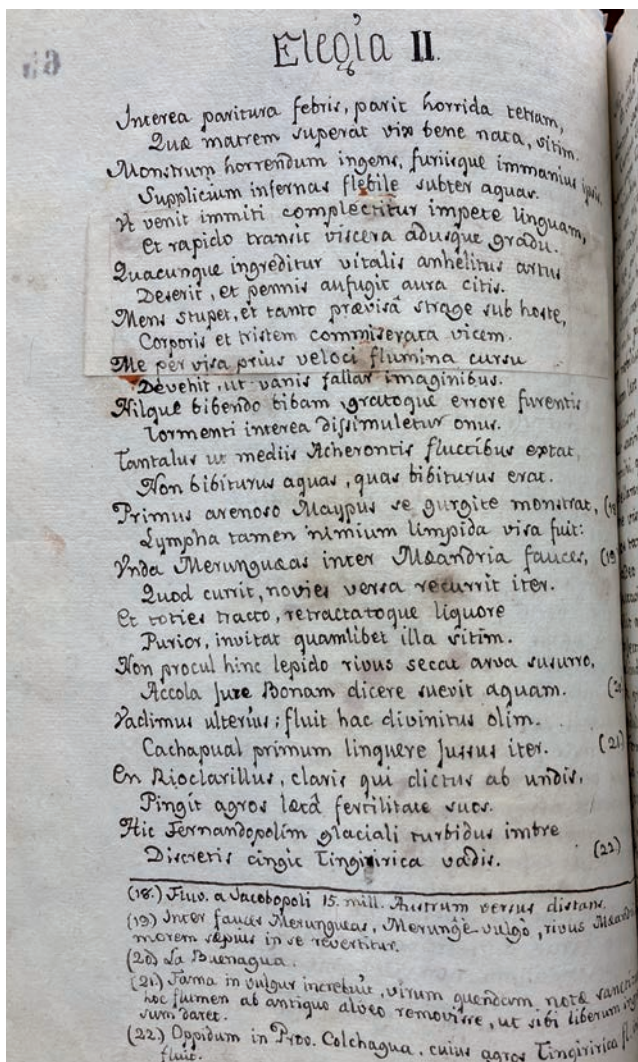
En lo que respecta a las condiciones materiales del documento, este es menos cuidado que el de la primera redacción, con un mayor número de enmiendas y algunos versos tachados. Parte de las correcciones se realizan mediante trozos de papel encolado sobre el manuscrito. Posee un ductus algo irregular pero perteneciente a una misma mano y que en principio asociamos a un momento posterior del de *De peste variolarum*.

El texto, incompleto, contiene los seis versos finales de la última elegía del primer libro y el segundo libro en su totalidad. Lo componen once poemas que llevan por título la palabra “Elegía” con la numeración romana correspondiente. Poseen entre 40 y 180 versos; la extensión total de la obra supera, pues, considerablemente a la de la primera redacción.

¹¹ También Costa Casaretto (1979, p. 1053) se inclina por esta posibilidad.

¹² “A nuestro entender, la segunda, o mejor dicho la definitiva versión fue terminada de pulir por Molina entre septiembre de 1767 y abril de 1768, es decir, en el período comprendido entre la detención de los jesuitas chilenos y su embarque en Callao con destino a Europa. Durante su permanencia en Lima, Juan Ignacio habría alcanzado a dejar la obra totalmente afinada”.

¹³ Aparte de esta noticia, no hemos podido comprobar la existencia de dicha publicación.



[Fig. 4]

De peste variolis vulgo dicta, fol. 65v.

Elegía (libro segundo)	Número de versos	Contenido
I	90	Fiebre
II	180	Sed-Ríos de Chile
III	90	Miedo frente a la muerte
IV	134	Alucinaciones
V	66	Pústulas
VI	72	Pústulas y elogio a Wanckermann
VII	40	Lamento por la muerte de San Martín
VIII	54	Invocación a la Virgen
IX	54	Sueño
X	70	Hambre
XI ¹⁴	88	Recuperación de la salud

Las elegías de esta redacción tienen, como es de esperar, un paralelo a nivel de contenido con las elegías de *De peste variolarum*, aunque con diferencias importantes. En comparación con la primera redacción, *De peste variolis vulgo dicta* amplía de manera significativa los temas y, si bien reproduce de modo idéntico algunos fragmentos de *De peste variolarum*, la mayor parte del texto es nueva, como consecuencia de la amplificación. Esto se hace del todo patente en el caso de “Tubera”. Lo que en *De peste variolarum* es una elegía que describe principalmente el horror producido por los tumores en todo el cuerpo y que incorpora algunos versos relativos a la muerte de un compañero, una breve invocación a la Virgen y una referencia en los versos finales a que el enfermo ha podido conciliar el sueño, se transforma en *De peste variolis vulgo dicta* en cinco elegías (V, VI, VII, VIII, IX): la descripción y el horror de las pústulas, el elogio al *chirurgus* Wanckermann –no mencionado en la primera redacción–, el lamento por la muerte del compañero y amigo San Martín, la invocación a la Virgen pidiendo su intercesión y una elegía completa acerca de la visita del Sueño. Así, de los 64 versos de

¹⁴ El manuscrito lleva aquí, equivocadamente, el número IX.

“Tubera” se pasa a los 286 de este grupo. La segunda redacción se caracteriza asimismo por la ausencia de alusiones al contexto escolar y por sus abundantes notas explicativas al pie, que reflejan que se tiene en mente a un lector no versado en asuntos chilenos¹⁵ y la influencia de formas textuales propias del ámbito científico.

Lamentablemente no tenemos noticias específicas acerca de la historia de producción de ambos manuscritos que nos permitan confirmar con datos concretos la hipótesis de que *De peste variolarum* se enmarca en los años de formación de Molina y que *De peste variolis vulgo dicta* corresponde ya a una etapa tardía en la obra del autor. Contamos, sin embargo, con un valioso registro que da algunas luces acerca de cómo al menos uno de ellos habría llegado a Chile. En sus “Noticias inéditas sobre el ilustre chileno don Juan Ignacio Molina”, de 1870, Benjamín Vicuña Mackenna (citado también por Costa Casaretto, 1979, pp. 1054-1055) señala que tiene a la vista un conjunto de papeles pertenecientes a Molina, procedentes de Italia y que habrían sido conservados por su discípulo Claudio Ferrari: “un centenar de piezas de la más variada naturaleza, borradores de cartas, notas de libros en diversos idiomas copiadas en cuartillas de papel, nombramientos literarios, apuntes biográficos, trozos literarios, una verdadera miscelánea, en fin” (1931 [1870], p. 255). Más adelante, al referirse a la enfermedad del jesuita, indica que entre aquellos papeles se encuentra “una especie de poema o colección de elegías latinas” compuestas en torno al tema. Está aludiendo, pues, al corpus elegíaco acerca de la viruela. La descripción que Vicuña Mackenna hace de este documento coincide, sin embargo, con *De peste variolarum* y no con *De peste variolis vulgo dicta*.¹⁶ Esto deja abierta la pregunta de si entre los papeles revisados por Vicuña Mackenna se encontraba también la segunda redacción o si habría llegado al Archivo Nacional por otra vía. Y, más importante aún, plantea la cuestión de cómo y cuándo habría llegado a Italia el manuscrito de la primera redacción, cuyo contenido, como hemos señalado, se vincula estrechamente con el contexto escolar de Molina. Al respecto, resultan oportunas las palabras del Abate en el *Saggio sulla storia naturale del Chili*, donde indica que por un “fortunato accidente” llegaron a sus manos algunos de sus materiales más importantes (p. 7). ¿Habrá estado entre aquellos pliegos el cuaderno con *De peste variolarum*? O, aunque improbable por cuanto al momento de la expulsión les habrían sido incautados

¹⁵ Cf. Jaramillo, 1976, p. 57.

¹⁶ Vicuña Mackenna cita los dísticos primero y último del documento que tiene a mano (enmendamos los errores de transcripción): “Conscripsi quondam, Xavier praeclare, libellum / cui titulum et seipsam pestis acerba dedit”. // “Tu tandem, Xavier, nostrae patrone [camoenae] / qui mihi Maecenas tempus in omne [faves]”. No contamos con el inicio de *De peste variolis vulgo dicta*, pero sus dísticos finales –“Quare iam salvo gratentur pectora vestra, / et mihi ‘io’ laeta voce ‘triumphe’ canant”– son totalmente distintos a los entregados por el historiador, de modo que descartamos que esta referencia corresponda a la segunda redacción.

a los jesuitas todos sus papeles, “así comunes como particulares” (Hanisch, 1972, p. 42), ¿habría logrado Molina mantenerlo consigo de alguna manera al ser trasladado desde América?¹⁷

Elegías entre dos géneros¹⁸

A pesar de su estructura fija —el dístico, conjunto de dos versos formado por un hexámetro y un pentámetro—, la elegía se configura tempranamente de maneras diversas a nivel temático. Se la ha asociado al lamento que produce una pérdida,¹⁹ pero también ha sido estudiada como expresión amplia de los sentimientos personales.²⁰ Igualmente se ha analizado su carácter privado y ‘suave’ en oposición a la monumentalidad de la épica,²¹ y se ha destacado el lugar que en ella ocupan el cuidado en la forma y un cierto carácter erudito.²²

¹⁷ A propósito de los apuntes sobre historia natural de Molina, Jiménez recopila algunas noticias interesantes que podrían aplicarse también a sus composiciones neolatinas: “Como ya hemos recordado, Molina había sido despojado de sus apuntes durante la ejecución de la expulsión decretada por Carlos III de España. Según una versión, le fueron arrebatados por un soldado, al ir a embarcarse Molina en Valparaíso; según otra, consignada en los apuntes biográficos de Ferrari, se los quitó bastante después el atrabiliarario capitán del buque en que iba de El Callao a España. Y, correlativamente, difieren las versiones sobre su recuperación; según la primera, ahí mismo en Valparaíso Huidobro, que había observado el despojo, se los compró al soldado que lo había perpetrado, y los guardó para llevárselos después a Molina. Según la otra, Molina, “cuando publicó el dicho *Compendio* en 1776, ya había perdido la esperanza de volver a tener sus escritos. Pero, poco después, se le dio aviso de que dichos papeles se encontraban en Inglaterra, en poder de un capitán de buque [posiblemente heredero del que se los habrá quitado, si éste, según también se dice ahí, murió un año después de cometer ese robo]; los hizo buscar [Molina], y, por medio de un corresponsal [que sería Huidobro], le fueron al punto remitidos gratuitamente” (Jiménez, 1974, pp. 146-147, a partir de noticias de Ferrari, Santágata, Fontecilla, Briones y Espinoza).

¹⁸ Parte de las ideas que se plantean aquí han sido desarrolladas en mis artículos “Las imágenes del miedo en *De peste variolarum*, de Juan Ignacio Molina. *Affectus, evidentia, scientia*” y “Juan Ignacio Molina y sus elegías neolatinas sobre la viruela: variaciones criollas de un género clásico”.

¹⁹ La definición clásica de Horacio (*Ars* 75-78) contempla la estructura métrica y el contenido de lamento: “Versibus impariter iunctis querimonia primum, / post etiam inclusa est voti sententia compos; / quis tamen exiguis elegos emisierit auctor, / grammatici certant et adhuc sub iudice lis est” [“En versos desigualmente unidos primero se incluyó el lamento, luego la expresión del deseo satisfecho. Mas qué autor dio a conocer como primero los exiguis versos elegíacos lo discuten los gramáticos y el litigio está aún bajo juez”]. Para un enfoque reciente véase, por ejemplo, Nagy, 2010, pp. 13-14.

²⁰ Alvar, 1997, p. 194; Hunter, 2013, p. 27.

²¹ “Although its range was much expanded, elegy never lost its generic identity, and remained a place where, in contradistinction to epic, the private, the ‘soft’ and the peaceful might find expression or emphasis” (Gibson, 2017, pp. 172-173).

²² Antonio Alvar ofrece una definición que considera buena parte de estos aspectos: “composiciones relativamente extensas en dísticos elegíacos, en las que se expresan sentimientos en primera persona (fundamentalmente amorosos), con un